

se piensa: Inglaterra es un país implacable en el reconocimiento de sus cabezas «raras» o marginadas— de que goza en su tierra está casi por entero fundamentada en el papel que juega España dentro de su obra. No es Brenan un autor fácil de clasificar, pues ha practicado muy diversos géneros —de la novela a la autobiografía, del ensayo histórico al libro de viajes, del estudio crítico a la historiografía literaria— sin ser, estrictamente, especialista en ningún campo, mas sí un representante de esa versión suprema del diletantismo que uno encuentra en los viejos humanistas o en los escritores de la antigüedad, capaces de mantener la inteligencia y la curiosidad abiertas hacia todos los campos, y dotados de un sólido poder de concentración cuando se trata de consagrar varios años de callado trabajo al último proyecto en el que han decidido embarcarse. El lector interesado en conocer mejor al hombre Brenan, sobre todo en sus vinculaciones con los círculos intelectuales y literarios británicos (singularmente con el grupo de Bloomsbury), haría bien en asomarse a su magnífica *Memoria personal 1920/1975* (Madrid: Alianza 1976), que entre otras cosas le permitirá darse cuenta de un hecho inusual: que el autor de libros fundamentales sobre nuestra literatura o nuestra historia reciente nunca dejó de comportarse como un creador, ni de aspirar a vivir la vida de un artista, lejos del academicismo y la erudición convencionales, mas no por ello incapaz de competir con hispanistas e historiadores en su propio terreno.

El motivo de esta nota es la aparición en España de dos conocidos libros suyos, por primera vez entregados a la consideración del gran público, su celeberrimo *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil* así como el menos divulgado *La faz de España*, publicados ambos por Plaza & Janés en 1985. Se me perdonará si, en atención tanto a la fama como a su carácter especializado, dedico mucha menos extensión al primero que al segundo, y me centro más en las virtudes literarias de éste que en el riguroso contenido historiográfico de aquél.

Hace no demasiados años, cuando quienes trabajábamos sobre el período de la Guerra Civil apenas teníamos acceso a fuentes españolas de confianza y teníamos que recurrir a fondos como los del provincial Ruedo Ibérico, *El laberinto español* ocupaba uno de los lugares de honor junto a los trabajos ya clásicos de Borkenau, Southworth y tantos otros. Debo admitir que su primera lectura me deslumbró por completo. Arrancando de la Restauración de 1874, Brenan realizaba un escrupuloso y documentadísimo análisis de los acontecimientos que condujeron a la tragedia de 1936, procediendo con objetividad y sentido crítico y sin renunciar nunca a dar su propia interpretación de los hechos. Esgrimiendo la imparcialidad de un *outsider*, que contempla la realidad española desde la falta de prejuicios de quien ha sido educado en otros valores y criterios, pero convertido simultáneamente en *insider* en virtud de su larga residencia en Andalucía, Brenan supo dar con una óptica tan fiable como personal. En sus enjuiciamientos, el Partido Comunista, por ejemplo, rara vez sale bien parado, pues el autor no vacila en exponer su colosal pragmatismo y falta de veleidades revolucionarias, a la par que la masonería, esa bestia negra del franquismo (a la que sin embargo llegaron a pertenecer generales rebeldes como Sanjurjo, Mola, Queipo de Llano, Batet y Goded, o católicos conservadores como Alcalá Zamora y Miguel Maura), es entendida en términos netamente británicos como la sociedad ilustrada y librepensadora que no en vano tiene nexos tradicionales con la Corona británica, tan escasamente proclive a res-

ponder a descripciones de turbias alianzas con el Maligno como otros prohombres masonicos de la estirpe de Goethe, Mozart o Beethoven.

Si nos esforzamos en detectar cuáles son las simpatías políticas que subyacen a *El laberinto español*, habría que decir que el apoyo de Brenan a la causa republicana no responde sustancialmente a consideraciones de tipo ideológico, sino a su experiencia diaria de la vida en el país, a la manera en que cuanto veía y oía podía llenar de contenido vivo lo aprendido en sus fuentes. De ahí se deriva su innegable simpatía hacia el pueblo llano español, su íntima comprensión del fenómeno anarquista y su indignación frente a la cerrilidad de las derechas terratenientes y clericales, cuya ceguera ante la necesidad de una reforma agraria razonable, mientras mantenían condiciones de vida infrahumanas entre el campesinado, aparece como una de las razones de fondo para que la Guerra Civil asumiese su carácter de lucha de clases. Así pues, Brenan no precisa de una metodología marxista para hacernos entender los aspectos más cruentos de la contienda, de la misma forma que sus distinciones entre el terror «blanco» y el «rojo» nada tienen que ver con una escala de valores preestablecida. Al señalar los esfuerzos de las autoridades republicanas por poner coto al ansia de venganza y represalia populares, en vivo contraste con el sistemático ejercicio de la represión por parte de los responsables nacionalistas, nuestro escritor estaba simplemente describiendo vivencias personales, radicalmente coincidentes con un buen estudio reciente, obra del historiador profesional Alberto Reig Tapia, cual es su *Ideología e historia. Sobre la represión franquista y la Guerra Civil* (Madrid: Akal, 1984), un volumen de imprescindible adquisición para todo el que siga nuestra historia contemporánea.

Pero resaltar la importancia de *El laberinto español* es tarea que desborda las posibilidades de este breve ensayo, y encuentro más provechoso que orientemos nuestros pasos hacia el otro libro antes mencionado. *La faz de España*, cuya versión original inglesa es de 1950, relata un viaje por el centro y sur de la península que tuvo lugar entre febrero y abril de 1949, y que suponía el primer reencuentro con España desde los tiempos de la Guerra Civil, cuando el escritor hubo de abandonar su casa de Churriana, en la provincia de Málaga. No son pocos los libros escritos por viajeros británicos acerca de la España de los años treinta (ahora mismo me viene a la mente el *As I Walked Out One Midsummer Morning* de Laurie Lee, o el *Farewell Spain* de Kate O'Brien, que hasta donde yo sé no han sido nunca traducidos; pero hay otros). Sin duda son menos frecuentes en lo que atañe a la década de los cuarenta, y éste de Gerald Brenan es el llamado a ocupar el lugar de honor, no obstante su apariencia modesta de mero cuaderno de viaje. Su estructura, en efecto, es notablemente simple, ya que viene a ser una suerte de diario lineal, jalonado de pequeños excursos meditativos, descripciones de calles, iglesias o cuadros, diálogos con gentes encontradas a lo largo de un camino circular que empieza y acaba en Madrid. ¿Cuáles son los méritos principales de esta obra? De una parte, es menester hablar de su valor como testimonio, como crónica de una realidad; de otra, está su plasmación literaria, la voluntad de estilo que induce al autor a mostrarnos no sólo lo que contemplan sus ojos, sino a dramatizar incidentes, demorarse poéticamente en un paisaje, jugar con los ritmos de la narración.

Desarrollemos someramente nuestro primer argumento, diciendo algo sobre el país que Brenan, observador privilegiado donde lo haya (pues a su gran conocimiento de

España, sus lenguas y sus gentes se añade la curiosidad agudizada de quien retorna tras una larga ausencia, deseoso de comprobar las cosas por sí mismo, recobrarlas desde una sensibilidad externa), nos descubre a través de sus páginas. Nada puede sorprendernos que se trate de la España de la corrupción y el estraperlo, del poder omnímodo de la Falange y el Ejército, de la nueva casta de altos funcionarios y paniaguados del Régimen que atraviesan las calles en sus *baigas*, como corresponde a la vulgaridad del nuevo rico. La otra cara de una sociedad dominada por el enchufismo, los sobornos y el mercado negro es, por supuesto, la increíble miseria de los ciudadanos pobres, desconocida en la década anterior, y que induce a Brenan a pensar que las condiciones de vida en lugares como Córdoba o Lucena son incluso peores que en Marruecos. Los interlocutores con quienes conversa el viajero, muchas veces gentes conservadoras y partidarias de Franco, se quejan constantemente de estas lacras sociales, culpando a la nueva clase dominante de una absoluta falta de escrúpulos, y señalando la debilidad o falta de voluntad del gobierno a la hora de poner fin a una serie de prácticas económicas escandalosas. Sin embargo, Brenan no se limita a denunciar, ni se deja seducir por el simplismo maniqueo. Una vez y otra, sus constataciones en torno a la traición a los ideales falangista, de los que sólo quedaría una retórica huera y el afán de lucro personal, se ven contrarrestadas por descripciones de falangistas o franquistas honestos, que no se han subido al carro del pillaje y critican sin ambages a sus falsos compañeros.

No se piense, empero, que la intención primordial de Brenan es la de evaluar moralmente el nuevo orden, repartiendo patentes de decencia o encanallamiento. Su mirar es más directo, menos condicionado por el ansia de valorar. Por eso, aun en tales condiciones de postración nacional, la sorpresa ante lo que para él es la grandeza de España no deja nunca de producirse. Ya sea a propósito de la dignidad y la finura de los camareros, ya al descubrir con emoción la lealtad de los sirvientes que han cuidado de su casa, ya al hablar de la Semana Santa madrileña como un espectáculo mundano de transeúntes acicalados, mujeres hermosas y animado bullicio, Brenan rinde su peculiar tributo a una zona del mundo que le atrae y sobrecoge a la vez, explicando en último término tanto lo más nimio como lo más hondo, tanto lo más bello como lo más horrendo, como parte de un único fenómeno envolvente, constitutivo de un polo completamente opuesto al inglés.

Ello hace que encuentre chocante la facilidad —así se le antoja— con que los españoles tienden a perder en accidentes sus extremidades, o el disparate de que un ejército casi sin aviones construya un descomunal edificio como Ministerio del Aire, o que la Almudena matritense combine de tal modo la vulgaridad con el despilfarro económico, o la circunstancia de que una nación cuyos periódicos sólo hablan de fútbol, toros y ceremonias religiosas, cuente sin embargo con más de setenta espléndidos cines en la capital, más una magnífica vida callejera que es reflejo de la de cualquier otra población del país al caer de la tarde. Con delectación infinita, el matrimonio Brenan recorre, pues, los cafés, las fondas, los hoteles y las plazas sin que el momento por el que pasa España pueda enturbiarles el goce de una realidad trágica y palpitante a la vez.

Esto no significa que nuestro hombre sea insensible a las huellas de la Guerra Civil o que el placer de la buena comida y fijarse en las muchachas, cuyos peinados y ardores no cesa de admirar, cieguen el entendimiento de quien redactase *El laberinto español*.

Brenan sigue siendo la misma persona. Al llegar a Granada, por ejemplo, la tristeza y el dolor de la represión lo invaden todo, y casi hacen irrespirable su aire: ya por tratarse de una ciudad que conoció en tiempos mejores, ya por el especial ahinco con que se mató allí, esos pasajes son los más sombríos del libro. La descripción de la visita al cementerio, y sus peregrinajes ulteriores, en busca de los restos de Lorca, es sencillamente impresionante, incluyendo esa visión de la fosa común llena de esqueletos y cráneos agujereados por las balas, todo ello presidido por el cadáver momificado de un coronel de la Guardia Civil, sacado de su nicho al cabo de medio siglo por no tener ya descendientes que paguen el alquiler. Además, supone una de las primeras y más valientes —por el momento en que se produce— investigaciones sobre la muerte del poeta, llevada a cabo con ingenio, paciencia y perspicacia. No deja Brenan de acusar a la Iglesia de su complicidad en tantos fusilamientos indiscriminados, por mucho que, en otros pasajes, condene igualmente los desmanes de los milicianos, incluyendo la brutal destrucción de templos, retablos, objetos artísticos, etc. Siempre independiente en sus opiniones, expone la sistematicidad con que se sigue matando «rojos» mediante la ley de fugas dos lustros después del final de la guerra; pero al referirse a la matanza en la plaza de toros de Badajoz, arguye que ésta le parece comprensible dentro de la dinámica de los acontecimientos.

Mientras demuestra poca simpatía hacia Manuel Hedilla, acepta por el contrario la versión oficial respecto al Alcázar de Toledo y la muerte del hijo de Moscardó. Personalmente, nunca he entendido cuáles eran las razones de Hugh Thomas y de Gabriel Jackson para dar por buena esta leyenda, habida cuenta de las investigaciones de Herbert R. Southworth en su *El mito de la Cruzada de Franco* (París: Ruedo Ibérico, 1963). Ni en la versión corregida y aumentada de *La Guerra Civil española* (Barcelona: Grijalbo, 1976; 2 vols.) del primero, ni en *La República española y la Guerra Civil* (Barcelona: Grijalbo, 1976) del segundo, puedo hallar base convincente alguna para aceptar la idea del martirio heroico. Evidentemente, Brenan se limita a reproducir lo que le han contado y, siempre presto a resaltar las virtudes españolas vengan de donde vinieren, se excede en lo tocante a este punto, responsabilizando (a mi modo de ver injustamente) a Largo Caballero de un cruel chantaje que probablemente nunca existió, a juzgar por las poderosas razones aportadas por Southworth.

Otro capítulo importante del libro son, por supuesto, las muchas referencias a la cultura y la tradición españolas. La inquietud de Brenan en relación a estas creaciones del espíritu es constante, y no es un inconveniente el que escriba pensando sobre todo, imaginamos, en un lector inglés. Así, su calificación de Juan Valera como el «Jane Austen español» es simpática y no desproporcionada, y su comparación entre el barroco español y el italiano —más «perfecto» el primero, más «grandioso» el segundo— no nos parece desmedida. Tampoco es inexacta su concepción de la religiosidad española como esencialmente vacua y dotada de un ritualismo sin imaginación (no obstante el respeto de Brenan hacia los sentimientos religiosos de la mujer española), pero hacía falta un ojo anglosajón para reconocer mejor este fenómeno. Sus páginas sobre El Greco, en fin, se nos antojan llenas de admirativa clarividencia, igual que sus alusiones a la arquitectura o los trazados urbanísticos.

Es en estos registros en los que Brenan se complace en darle a su relato un mayor